

EL GUSANO EN LA MANZANA - Chiquiznaque

Allí sentada junto a la mesa camilla podía ver en el frutero cómo un gusano se deslizaba sobre la piel tersa de la manzana. El reloj marcó la una de la madrugada. Federico no venía. La sala aullaba de silencio y los ojos de la madre bailaban en sus órbitas mirando la puerta con la ávida esperanza de que el tirador oscilará y él entrara con la algarabía de siempre, riendo y trastocándolo todo. Sin embargo eso no sucedía y sólo podía presentir la presencia de su marido durmiendo en la habitación contigua.

El gusano minúsculo se arrastraba por el orbe inmenso de la manzana y penetraría su piel inmaculada haciendo un agujero, la horadaría y era cuestión de tiempo que acabara con ella.

Federico se habría marchado a casa de algún amigo y seguro que al día siguiente volvería con la bolsa de su ropa pidiendo que todo se olvidara. Entonces su marido con la mirada gacha le diría entre dientes que estaba arrepentido de haberle echado de casa. Un hijo es siempre un niño y no es posible resignarse a perderle, y menos para siempre. Las palabras son sólo eso, palabras; pero ellos no lo entienden. Todo lo desproporcionan; crean situaciones irreversibles y entonces desaparece para siempre la sonrisa de un niño, un regalo de cumpleaños, el beso de buenas noches. Todo se esfuma en un fatídico segundo que ya nunca se podrá corregir.

El gusano ya adentro se alimenta mientras la manzana se descompone. Vive sólo para comer; una efímera vida sin reparar en que no le espera otro destino que no sea morir atrapado en la pulpa podrida.

Y cuando él se vaya, ya nunca volverá. Entonces ella no será una madre, ni siquiera una mujer, y su propia vida quedará borrada dentro de la manzana, unida para siempre a un marido soberbio y equivocado esperando la imparable podredumbre de su propia vida. Y Federico, entonces, vivirá una vida diferente, en otra dimensión, en la que su madre ya será sólo el pasado.

Esta vez lo mejor es salir a buscarle. El viento azota las ventanas y un joven no puede andar con ese frío por la calle. Hay que hablar con él y decirle que tiene que regresar, que todo es una chiquillada, que será fácil convencer a su padre de que no hay

que tomarse las cosas tan a pecho, que a veces las palabras le calientan a uno pero que no expresan lo que siente de verdad.

La puerta de la habitación se abre. Un viejo desdentado, despeinado y somnoliento porfía con el cinturón de la bata y se arrastra hasta donde está ella.

—¿Otra vez estás así Rosalía? —y la da un beso en la cabeza, justo en su moño lacio aplastado como una flor pisoteada. —Debes de volver a la cama. Es ya muy tarde y vas a coger frío.

—Pero Federico puede volver y hay que abrirle. Si no le abrimos quizás se dé la vuelta y no entre.

—Federico ya no volverá — y levantó con mimo a la anciana de su asiento.

Ambos se dirigieron a la habitación con paso de penosa procesión.

—Tenemos que ir a por él. Se va a helar en la calle. Esta vez debemos buscarlo, no dejarlo ir. No debe de enfadarse —balbuceó y zafándose de él volvió sobre la mesa camilla cogiendo la manzana del frutero en la que había visto el gusano.

—Federico ya nunca volverá. Se marchó hace treinta años —y con una voz triste que sólo se cuaja con la amargura de décadas añadió, quitándole la manzana de la mano —. Esa manzana hay que tirarla; está podrida.